

La poesía actual de Horacio Salas*

Hace ya mucho tiempo que, no poco lúcidamente, Bertrand Russell afirmó que «el lenguaje nos arrastra hacia la generalidad». Por eso, quizás, también nosotros —los escritores argentinos— solemos todavía utilizar números de décadas con la pretensión de designar momentos significativos en la evolución de nuestra poesía contemporánea. Hay así una «generación del cuarenta» donde conviven a la vez elementos neoclásicos y neorrománticos, una «generación del cincuenta» que se propone —y se impone— como vanguardista, y una «generación del sesenta» interesada en acercarse a las mayorías en dicción y temas. Claro que, precisamente la vaguedad de esa denominación apenas cronológica, sirve también de coartada para cubrir síntomas mucho más conflictivos, y por lo tanto mucho más ricos. El aire de la época no afecta a todos por igual, bendito sea, y no es suficiente haber nacido o publicado más o menos en las mismas fechas para sentir o expresarse en forma similar. Pero también es verdad que hay líneas que se tienden, problemas que se plantean, cuestiones que se dirimen, más abierta y francamente en una época que en otra. Y que en algunas ocasiones especiales llegan a impregnarla casi por entero. Lo cual no niega tampoco que el asunto muchas veces ya venga también de antes, y lógicamente se continúe después.

De todos modos, y a mero título de inventario, cabe hacer notar —al referirse a la obra de Horacio Salas— que su trayectoria bien podría ser considerada un legítimo paradigma de los valores del «sesenta». Y ello no sólo porque haya nacido en Buenos Aires en 1938 y su primer volumen fuera publicado en 1962. Sino, y muy precisamente, porque desde un primer momento las intenciones explícitas de esa obra estuvieron claramente implícitas en la forma y en la dirección que iba tomando, no sólo su escritura sino también el propio destino del autor. Hombre contenido y discreto, medido y entrañable, afable y pudoroso, si bien por un lado su poesía se ha manifestado ya desde un comienzo como cuasi coloquial y directamente enunciativa, más bien tendida hacia la búsqueda de un concreto destinatario que a las cumbres de la metáfora o la imagen, con todos los riesgos peculiares que ello implica, ha ido generando por propia necesidad, por propia deriva de su ser más auténtico, una evolución de esa escritura suya que resulta sumamente significativa. Evolución que, sin abandonar los caros y fraternales presupuestos iniciales (teñidos siempre de referencias muy concretas), ha sabido ir cargando a su palabra de más hondos contenidos, de adherencias diría, señales que ya no se ponen apenas como signos de reconocimiento sino que van ligadas al cuerpo mismo de lo escrito, orgánicamente, históricamente, y que al mismo tiempo han conse-

* *Cuestiones personales, de Horacio Salas. Torres Agüero Editor, Buenos Aires, 1985.*

guido aumentar el voltaje y la densidad de su expresión («y poco a poco volverá el fuego a su memoria»).

De modo tal que, sin desdeñar aquella intención enunciativa y hasta descriptiva, puede ahora alterar no sólo los años y los sitios como los alteran por ejemplo los sueños o el recuerdo, sino también hacer de muchas frases o hasta de algún poema entero una perfecta metáfora. Metáfora que a la vez nos hace guiños con referencias concretamente cotidianas y con un cable tendido hacia el misterio, como «ese jaguar oscuro que se cruza en la estación Bulnes», y que bien podríamos reconocer —y en él reconocernos— como el animal heráldico o totémico de la voz actual de Horacio Salas.

Recatada ironía y finísimo humor, un pudor infinito (tan masculino, tan porteño) y sin embargo erizado de fantasías insaciables (también tan masculinas y porteñas) como el de ese amor convertido «en una brochette clavada cerquita de la hoguera» y consumido luego «a pedacitos», éste más que logrado libro de Horacio Salas representa la consumación de una palabra que es a la vez tan suya como nuestra. Que el agua salobre y el pan amargo del exilio hayan servido quizás, también, para concedernos esta gracia, no quita que deseemos conservar para siempre entre nosotros a este Horacio Salas redescubierto como alguien que nos reconcilia con la dignidad intelectual y estética de la poesía argentina, y nos compromete a luchar para que nunca más los poetas se tengan que volver a ir. Así sea.

Rodolfo Alonso

Las voces y las sombras*

Los años setenta preludiaban un esperado cambio. Todo objeto de represión tiende a exagerar su cuerpo, una vez entrado ya en el terreno de las libertades. Se podría visualizar con la imagen de una esponja que pasa de un estado de presión a otro de distensión, absorbiendo lo que encuentra a su paso durante el proceso. Desde luego que no sería tan sencillo, y siempre quedan matices: poros que no se abren, poros atrofiados que se acostumbraron a la presión y desisten de transformar su estado, o aquellos otros que, a hurtadillas, habían conseguido ya su cuerpo pleno.

* *Satué, F.J., Las sombras rojas. Ediciones Libertarias, Madrid, 1986; 254 pp.*